



El mundo viene a nosotros a base de historias. Entrevista con Francisco González Gaxiola

The world comes to us through stories. Interview with Francisco González Gaxiola

Rosario Fortino Corral Rodríguez

fortino.corral@unison.mx

Universidad de Sonora, México

Resumen

Francisco González Gaxiola (Mocorito Sinaloa, 1948) es esa clase de profesores de literatura que buscó formar mentes creativas, inquietas y críticas. Formador de escritores por más de 25 años en el género autobiográfico y a través de ese mismo género nos cuenta cómo surgió su encanto por el lenguaje, las letras y su encuentro con la docencia. A través de esta entrevista Francisco Gonzáles nos muestra su visión filosófica de la literatura y la necesidad de pensar sobre qué enseña la literatura, por qué es importante adentrarse en su lectura, pero, sobre todo, hace un énfasis en la necesidad imperante de hacer crítica literaria de la literatura sonorense.

Palabras clave: enseñanza de la literatura, enseñanza de la lectura, enseñanza de la lengua materna, teoría literaria

Abstract

Francisco González Gaxiola (Mocorito Sinaloa, 1948) is that class of literature professors who sought to form creative, restless, and critical minds. Trained as writers for more than 25 years in the autobiographical genre and through this same genre we understand how the enchantment of the language, the letters, and the conversation with the teacher arose. Through this interview Francisco Gonzáles shows us his philosophical vision of literature and the need to think about how literature is taught, why it is important to enter into his reading, but, above all, it creates an emphasis on the prevailing need to create literary criticism of literature sonorense.

Key words: Literature education, Reading instruction, Mother tongue instruction, literary theory

DOI <https://doi.org/10.36799/el.v10i1.169>

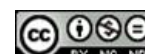
Recibido 27 de marzo de 2025

Aceptado 10 de abril de 2025

Publicado 29 de mayo de 2025

Cómo citar este artículo: Corral Rodríguez, Fortino. El mundo viene a nosotros a base de historias. Entrevista con Francisco González Gaxiola. *Estudios lambda. Teoría y práctica de la didáctica en lengua y literatura*. 10.1: e169, p. 1-13. <https://doi.org/10.36799/el.v10i1.169>

Derechos de autor: El autor o autores conservan en todo momento sus derechos morales y patrimoniales sobre la obra; la obra no se puede alterar, transformar o ampliar; siempre debe reconocerse la autoría del documento referido. Ninguna de las modalidades de los documentos publicados en *Estudios lambda. Teoría y práctica de la didáctica en lengua y literatura* tienen fines comerciales de naturaleza alguna



Introducción

Francisco González Gaxiola, nacido en 1948 en Mocorito, Sinaloa, México, es licenciado en Letras en la Universidad de Sonora; doctor en español por la Michigan State University, USA y candidato a doctor en Didáctica de la Lengua y la Literatura por la Universidad de Barcelona, España. Se desempeñó como profesor investigador del Departamento de Letras y Lingüística de la Universidad de Sonora (1971 a 2023), antes Escuela de Altos Estudios, donde fue jefe de la Carrera de Letras (1976-1979), además, se desenvolvió como presidente de academia en diferentes ocasiones, y fue secretario académico del Departamento de Letras (1983-1987); fungió como representante académico ante diversos órganos de gobierno universitarios (1993-1995 y 1996-2000) y se desempeñó como presidente del Comité Editorial del Departamento de Letras y Lingüística de la Universidad de Sonora (1996 – 2000). Instituyó el evento académico *Congreso Internacional de Investigación en Didáctica de la Lengua y la Literatura y Foro Nacional sobre la enseñanza de la Literatura “Josefina de Ávila Cervantes”* en colaboración con Conrado Córdova Trejo y Alejandro Rivas Santoyo (Docentes del COBACH), evento bianual que en 2024 celebró su XI edición.

Su producción creadora se manifiesta especialmente en los géneros poesía y biografía. El libro *Historias perdidas en la arena* (1996) reúne buena parte de su producción poética, mientras que su interés por la biografía ha dado lugar a múltiples textos publicados en diversas antologías y ha cristalizado en la creación del *Taller de autobiografía*, el cual continúa activo a más de 28 años de su fundación. Francisco González continúa al frente de este importante espacio de extensión y vinculación con la sociedad de la Universidad de Sonora. Este taller ha fortalecido el sentido de identidad y ha contribuido al cultivo de este género por parte de escritores ya formados, pero también por ciudadanos comunes que adquirieron las herramientas para plasmar sus experiencias vitales en textos entrañables y eficaces. El impacto de este taller se hace sentir en la publicación de libros como *Las grietas del olvido* (2000), *Peregrinos* (2008), *Rescoldos* (2012), *Rescol dos* (2018), *Aula 112. Cada día iré sintiendo menos y recordando más* (2020), *Recuerdo de un presente vivo* (2023) en que se compilan los frutos de este taller. En 2018 recibió el reconocimiento como autor homenajeado en la Feria del Libro de Hermosillo, por su contribución a este género. Como parte de dicho evento se publicó *Río sin Riberas*, libro que constituye el compendio más apreciado de su producción ensayística, académica y autobiográfica.

Su interés por la Teoría Literaria y la Didáctica de la Lengua y la Literatura se sustenta en una vasta producción de corte académico-investigativo, tanto de libros como artículos en la que participa como



autor, coautor y compilador: *El exilio interior mexicano en la novela sonorenses de los setenta* (1996), “El concepto de la literatura en los manuales de enseñanza” (2004), “La crítica orientada al lector en Stanley Fish y su aplicación a la didáctica de la literatura” (2005), *Léxico universitario* (2009), *Representaciones sociales sobre comprensión y producción de textos* (2009), *Redacción y composición: lo que sobra, lo ambiguo y lo que falta* (2010), *Mundos representados: lectura y escritura de los estudiantes universitarios* (2011), “Memoria y cultura de Lotman en Rastrojos de Roberto Corella: teatro posmodernista mexicano” (2014), *El descentramiento de la novela* (2015), *Nueva sensibilidad y novela* (2017), “El prisma de la literatura y su futuro en educación” (2017), *Formas alternativas del género narrativo* (2018) “Novela gráfica sin textos. Su posible uso en la enseñanza de la literatura” (2018), “Actitudes y disposiciones de docentes de Bachillerato para usar la narrativa gráfica” (2020), “La ruptura de la cuarta pared. Alrededores e implicaciones en la didáctica de la lengua y la literatura” (2022), “Epistemología y educación: Cruces, fisuras y desencuentros a través del currículo” (2023), entre otros títulos.

En los meses de diciembre de 2024 y enero de 2025, el Dr. Francisco González Gaxiola accedió amablemente a responder una serie de preguntas que le formulé, relacionadas con su trayectoria como profesor e investigador de literatura, pero también como promotor de la reflexión pedagógica en el campo de las letras, como lector y como escritor.

Por favor, cuéntanos cómo surgió tu interés por estudiar literatura tomando en cuenta el medio familiar y cultural en que creciste.

A través de una ubicación temporal, permíteme hacer referencia al contexto de la situación. Habíamos llegado no mucho tiempo antes de mi toma de conciencia, en 1954, a la tierra de la esperanza, Cajeme, y creo que de ajuares no traíamos más que efectivamente la esperanza. Cajeme, así se le conocía entonces a Ciudad Obregón y se decía el nombre tomando la parte por el todo incluido el Valle del Yaqui. Tenía la escuela primaria y secundaria cursadas, ya había cursado también el primer año de preparatoria en el ITSON (Instituto Tecnológico de Sonora) cuando en una clase de filosofía escuché de mi profesor Daniel Martínez una frase enchispada como de magia, “licenciado en letras”. No tenía idea de su referente, pero entendía que no se refería a un abogado. El tiempo pasó. Desde el primer día que llegué casi oscuro a la casa, no sentí el arrebatado regañador de mi padre al preguntarme que por qué llegaba tan tarde. Le dije que de acuerdo al horario de preparatoria esa era la hora normal de salida.



Me emocioné ese día cuando a mi padre pareció no molestarle saber que yo fuera preparatoriano. Mi padre, aconsejado por su hermano mayor, Raymundo, creía que la escuela no ayudaba en mucho después de aprender a leer, escribir y sacar cuentas. El supuesto tenía identidad: unos señores ricos de Mocorito habían enviado a sus hijos a estudiar a la UNAM, la que en aquel tiempo era LA Universidad, Cinco años se pasaron los padres con grandes esperanzas, ilusiones, sueños; tenían orgullosamente a sus hijos dizque estudiando una carrera profesional, pero en realidad, el decidido apoyo presupuestal mensual lo abonaban sin dolor de conciencia a frecuentes reuniones sociales y agradables compañías.

Contra la idea conservadora de mi padre se oponía mi madre y me apoyaba con la firme idea de que su hijo sería profesionista si estudiaba en la universidad. No caber en la visión optimista que la universidad ofrecía un futuro promisorio, era lo normal en el medio ambiente en que crecía. Mis padres habían estudiado hasta tercer año de primaria. Así que, a falta de un buen consejero, persistía trémula la esperanza de mi madre. Éramos ocho hermanos que vestir, alimentar, y cuidar en el mundo pobre de alrededor. Sin embargo, mi madre me apoyó cinco años en la universidad, época en la cual padecí y experimenté el paso de la adolescencia a la temprana juventud, aprendí las letras y los libros en las noches largas de estudio y de hambre.

Ahora vuelvo al punto, cuando cursaba segundo año en el ITSON, un grupo de alumnos de la Universidad de Sonora y dirigidos por quien sería más tarde gran compañero, Gracia Santacruz, ofrecieron una plática de orientación e invitación para estudiar la carrera de licenciado en letras (kling, kling, sonó una campanita en mi memoria) en la escuela de Altos Estudios. A la semana siguiente me encontré en una especie de repisas cerradas protegidas por vidrio el plan curricular de los ocho semestres de la carrera. En él se incluían asignaturas como Historia del arte, Literatura griega, Literatura latina, Introducción a la filosofía, y otras que se me figuraba estaban escritas en oro. De ahí en adelante, todos los días dedicaba algunos minutos a revisar hipnotizado el plan de estudios.

Comencé después a declarar que yo sería licenciado en letras, pero, cuando me preguntaban en qué trabajaba el licenciado en letras, me encogía de hombros y peor me sentía cuando me advertían que los licenciados en letras se morían de hambre, y yo aún y todo no desmayaba en mi objetivo. Después cuando cursaba el cuarto semestre de la carrera, la profesora de inglés Guillermina León nos preguntó en qué trabajaríamos como profesionistas. Ni idea. Le respondimos agrandando los ojos, callados. Y ella, sonriendo frente a nuestra ignorancia nos dijo que seríamos profesores de redacción y literatura en la preparatoria. Me había sentido mal al declarar mi ignorancia y ahora me sentía peor pues me preocupaba



tener que enfrentar en aulas gentíos de treinta o cuarenta personas a causa de mi extrema, enfermiza timidez.

En tu trayectoria como profesor universitario destaca tu interés por el aspecto pedagógico. Fundaste el Congreso en Didáctica de la Lengua y la Literatura, que pronto logró un alcance internacional y ya en su XI edición. Además, creaste y continuas dirigiendo el taller de autobiografía que opera desde 1997. Resulta notoria la concurrencia de al menos tres vectores de interés: el lenguaje, la literatura y la enseñanza. Háblanos de ello.

A quienes me igualan en generación (yo pertenezco al 1948), les habrá parecido desde la perspectiva del presente, que por esos tiempos se vivía una época promisorio, más o menos desde los '50 hasta finales de los '60. Había una paz social en toda la república con escasas excepciones, asesinatos y desapariciones de las cuales la vox populi identificaba al gobierno como autor. En mi pequeño mundo y escaso entender éramos pobres pero felices. La clase media empezaba a fortalecer la estabilidad de los poderes. Ciudad Obregón era una ciudad limpia con énfasis, cuadrangular y matemáticamente bien trazada y todo era seguro hasta por las noches. En mi barrio no vivían ricos, escasas familias menos pobres que nosotros, y de las que sabíamos que no eran iguales a nosotros por la calidad y vista de los juguetes en navidad. A Cajeme y al Valle del Yaqui se le conocía como el granero de México por sus providenciales ingentes cosechas. Muchísimos trabajadores venidos del sur a las pizcas del algodón se arremolinaban frente a la “Casa de huéspedes Peregrina”, administrada por mi padre, y donde también residíamos en medio de masas de gente. Eran los tiempos de zafra (julio-agosto); allí en frente se ubicaban las Oficinas de Contratación de trabajadores temporales o braceros, quienes solicitaban permisos para tener derecho de trabajar legalmente un breve período en los Estados Unidos.

En particular sobre tu pregunta, empezaré a manera de introspección empezaré mi respuesta declarando el gusto muy altamente desarrollado por los cuentos primero y luego por las novelas. Mi Tía Rita, hermana de mi madre, nos había regalado la Biblia, edición especial preparada para niños a base de láminas de color, las cuales tenían debajo una breve frase que describía el contenido: Adán y Eva en el paraíso, Adán y Eva expulsados del paraíso, Josué deteniendo el sol, etcétera. Mi madre se inspiraba mirando al cielo cuando nos contaba en su mejor comprensión qué es lo que allí sucedía.

Con el tiempo, me empezaron a gustar las historias largas, aquellas que nos llegaban en forma de revistas, las que después que las leía mi madre, me tocaba el turno haciéndolo lentamente deletreando mientras me



entrometía en sus argumentos. La primera y mayor de todas, el Santo. Las aventuras del Santo, el enmascarado de plata, máximo héroe mexicano protegido por Kira su novia y a quien cuidaba desde el cielo, algo así como la versión laica de la Virgen de Guadalupe, entendí después. Fueron las aventuras del Santo las que más me hacían soñar despierto. El Santo se enfrentaba a malhechores en el fondo del mar, o contra las brujas en su aquelarre, o contra los vampiros en la madrugada, o contra las momias de Guanajuato. También, por supuesto, no las puedo omitir, fueron un excelente factor para mi formación de carácter y adquisición de valores, los héroes de la justicia: El llanero solitario, Roy Rogers, Gene Autry, Superman, Batman y Robin, y otros.

Cuando aprendí bien a leer y escribir, a partir de tercer año, me convertí en asiduo lector de novelas de la colección el Libro semanal, un grueso atado de páginas con monitos y con el grosor de un libro de respeto. Las revistas y ese tipo de novelas de la categoría de libro, se las regalaba a mi mamá don Melitón, inquilino de años en la Peregrina, un viejito vendedor de libros de obras simplificadas de filosofía, de religión, de fórmulas para sacarse la lotería, etcétera. Recuerdo que en ocasiones cuando yo terminaba una novela llegaba a conmoverme tanto el tratamiento de la historia que, si por mi hubiera sido, si hubiera tenido dinero, le habría hecho llegar una suma importante de dinero en reconocimiento al arte del escritor. Tan ingenuo era, pero buena gente, digo. No supe sino hasta mucho tiempo después, allá en la universidad, que esas historias de adaptación sensiblera eran simplificaciones de grandes novelas realistas europeas, Balzac, Dickens, Tolstoi y otros.

Mi interés por el estudio del lenguaje surgió por el atractivo que tenía hacia los cursos que creía objetivos y no propiamente subjetivos como yo creía, toda el área del lenguaje: cuatro cursos de idiomas (inglés), cuatro de español superior (syntaxis) estudiados desde la perspectiva y metodología del estructuralismo, cuatro cursos de latín, uno de griego, los varios estratos del lenguaje: dos cursos de fonética y fonología, cuatro de morfosyntaxis (mencionados anteriormente como español superior), semántica, dos cursos de gramática histórica, estilística, dialectología. Tanto énfasis en el área lingüística de la carrera y con enfoques novedosos hacían que sucedieran cosas chuscas. Por ejemplo, los compañeros normalistas que habían estudiado antes que nosotros se sorprendían al ver nuestro dominio en el análisis de oraciones en los pizarrones de los pasillos.

Yo me maravillaba de su sorpresa reflejada en su cara, pues la ordinaria clase enfadosa de español, se veía ahora como un juego. La mirada lúdica hacia el análisis gramatical nos la proporcionó el estructuralismo mediante la representación del análisis a través de cajitas primero y después por arbolitos invertidos con



sus ramas respectivas, desde la unidad sintagmática oracional arriba seguida hacia abajo por sus partes cada vez menores hasta llegar a los fonemas.

Los cursos del área del lenguaje eran mis preferidos por su seria objetividad. Uno podía aprender un equis conocimiento y estar seguro de que avanzaba. Era como si se colocara una escalera para ir de lo simple a lo complejo y viceversa. En cambio, los cursos de literatura me atemorizaban porque no ofrecían algo concreto a qué aferrarnos; además, en su apropiación por los estudiantes, los veíamos subjetivos y ofrecían, de acuerdo, un conocimiento emocional, sentimental. Eran avasalladores para los que, como yo, difícilmente estábamos en condiciones de comentar el contenido de una práctica didáctica que escamoteaba el oficio. Veía en su enseñanza palabrería y verborrea en mis docentes y eso, sin embargo, fíjate, que tuve excelentes profesores de literatura que nos hicieron gozar la lectura de obras egregias de todas las épocas.

Cuando la profesora Josefina de Ávila Cervantes recibió el reconocimiento de profesora Emérita, nos quedamos con un vacío, es decir, cuando ninguno de nosotros sentía atractivo por encargarse de, lo que después llamaríamos *Didáctica de la Lengua y la Literatura*. Todos preferíamos las asignaturas de la disciplina, la teoría, la crítica de obras, la filología y huíamos de la incógnita de la didáctica como asignatura de segundo grado, técnica, en fin, adjetivos descalificadores.

Recurrimos entonces a egresados de otras profesiones para que se hicieran cargo de la enseñanza de la literatura: psicólogos, comunicólogos, sociólogos, historiadores, y otros. Del poco buen desempeño de esos maestros nos reportaron los alumnos. Nos desanimaba mucho y peor aún, en contra de lo que esperábamos, su mirada de las cosas: les advertían a nuestros estudiantes que les iría mal económicamente y que mejor sería se cambiaran de carrera. Cuando decidí hacerme cargo del problema pensé en establecer una relación entre la materia de teoría literaria y la didáctica de la literatura, una forma de aterrizar la abstracción teórica de la *Teoría Literaria* con la correspondiente práctica de la *Didáctica de la Lengua y la Literatura*.

Consideraba la posibilidad de llevar las diversas corrientes teóricas a diversas medidas prácticas en su enseñanza en cualquier nivel escolar. Una propuesta que habían tratado algunos profesores de España, con un objetivo y una metodología esperanzadora, pero de la que me enteré después, no desembocó en éxito. Había observado yo que los textos de enseñanza de la literatura en diversas geografías, los Estados Unidos



y países de Europa, se enfrascaban ante el objetivo de enseñar las obras literarias a través de enfoques interesantes y prácticos, derivados de variados enfoques de la teoría.

En virtud de que algunos profesores de preparatoria, subsistema COBACH, compartían estos intereses, (Conrado Córdova, Alejandro Rivas) nos propusimos conformar un foro, luego un coloquio y terminamos con un congreso para exponer la rica gama de problemas no limitada a la enseñanza de la literatura en cualquier nivel escolar. Considerábamos el área de la didáctica en la respuesta a tres problemas: qué enseñar, para qué enseñar y cómo enseñar. Y a lo largo de más de veinte años y once congresos, nos inundamos de problemas y de propuestas. Aunque en la base el objetivo de la pregunta se centraba en responder la tercera pregunta, en la vida real éramos conscientes de que las otras dos no se resolvían fácilmente, y que teníamos que señalarlo una y otra vez.

No afirmo haber resuelto el problema con mis expectativas, pero empecé a buscar maneras de inquirir dónde residía el problema. Para esto nos apoyábamos en muchos factores que se conjuntaron en el *Congreso bianual de Investigación de la Didáctica de la Lengua y la Literatura*, lo mismo que en las prácticas que los alumnos realizaban en las escuelas preparatorias, en investigadores de primer nivel venidos de Europa y los Estados Unidos sin menospreciar a nuestros apoyos de Sud América, Colombia, Chile, Venezuela. El problema sigue siendo un acicate aquí y en todo el mundo.

¿Qué enseña la literatura?

La pregunta es muy amplia e implica un supuesto. Si la abordamos por partes identificamos una clase de obra literaria cuyo objetivo es enseñar. Esa literatura didáctica tiene muchos pedagogos y filósofos que se han abocado al caso. Es pertinente mencionar algunos ejemplos del recurso retórico de la ubicua alegoría con el fin de enseñar. Las fábulas clásicas de Esopo, luego de la Fontaine, y el español Samaniego son un género literario con enseñanza explícita. Pero, igualmente hay una gran cantidad de historias que enseñan algo sin que el lector tome conciencia de ello. Jesús, el maestro por excelencia, enseñaba al pueblo analfabeta e ignorante, la comprensión de conceptos religiosos, pero de manera indirecta, es decir, lo hacía a base de cuentos que los griegos llamaron parábolas. Los *Diálogos* de Platón, aunque considerados filosóficos son también muy apreciados como diálogos literarios, dramatizados muchos de ellos por Sócrates y algunos sofistas, pero a la vez se consideran una propuesta de enseñanza. Algo parecido hace Lucrecio con su obra *De la naturaleza de las cosas*. La enseñanza de la filosofía es difícil y ardua y, para ello, afirma él, recurre como estrategia al tratamiento de las enfermedades a la manera del



médico. El médico en escaramuza de mago, para que los niños la acepten, reviste en miel la amarga medicina. Así, Lucrecio, como maestro, envuelve en dulce poesía el duro tratamiento de la materia filosófica. En la literatura de la alta Edad Media encontramos las enseñanzas de *El conde Lucanor*, una obra en la que un maestro trata de enseñar a un príncipe los vericuetos de la política, mediante cuentos, conocidos en ese entonces como *exempla*. Y así, se pueden citar muchos ejemplos, pues la cantidad de obras que llevan el objetivo de enseñar es muy alta.

Ahora bien, si atendemos al supuesto que se encuentra en la pregunta; la literatura enseña, sí, pero enseña qué. Si a la literatura la redujéramos a la narrativa de ficción, diríamos que el lector aprende de lo que se le muestra en los textos, aprende de los sufrimientos del otro, toma nota de las acciones, de las consecuencias, de las creencias, de los deseos que se desprenden de los planteamientos de la ficción. De la realización de un argumento en un cuento o en una novela siempre hay alguien que aprende, el protagonista e incluso el lector mismo.

Pero, en fin, para terminar, es debatible afirmar que la literatura enseñe y si enseña, cómo exponerlo como regla o ley. El supuesto sería que alguien aprende. Sin embargo, la literatura como arte no tiene ningún objetivo práctico, no le sirve explícitamente a una disciplina, no pretende sino ser lo que es, no propagandizar, no enseñar para fin alguno. Tampoco las obras literarias son un manual, aunque haya profesores ingeniosos que puedan utilizarla para alcanzar algún fin.

¿Qué importancia tiene o debe tener la literatura para el ciudadano común y corriente?

Mi opinión sobre este punto apunta a que el arte es una característica connatural del ser humano. En cuanto toma un descanso el ser humano tiende a hacer cosas, a cantar, a bailar, a imaginar, a adorar incluso. Se ha dicho mucho sobre esto, yo lo repito. En cuanto a la literatura en particular, me parece recordar que esta es un producto de la cultura y aparece con la escritura, el sedentarismo y la civilización; y luego con las cosas prácticas surge la necesidad de transmitir novedades, surgen los relatos. La narración hecha a base de pequeños relatos es tanto una categoría epistemológica como literaria. La base primaria de comunicación del ser humano tiene por finalidad explicarse el mundo, la realidad, las acciones suyas y de sus congéneres y de enseñarlas. Los humanos observamos que el mundo viene a nosotros a base de historias, son los chismes, los mitotes, las noticias sobre acontecimientos, maravillas, actos, fiestas; no nos la podemos pasar sin los relatos. Son imprescindibles, ya sean breves, extensos, orales, escritos, a base



de señas. Ahora bien, que, si esos mensajes se hacen de cierta manera siguiendo como meta no solamente la de transmitir un mensaje sino de hacerlo bello, el mensaje adquiere en su forma lo más egregio del arte literario, se vuelve poesía, canto, ritual, mito, cuento, y ya complejo y multiplicado, novela.

No puedo explicar esto en pocas palabras, y tendría que citar fuentes, algo que trato de evitar, pero, como digo, mi opinión es que querer explicar la literatura es hacer filosofía del ser humano. El canto, el vino, la borrachera son instantes en que nace la gran poesía trágica, según teorías de antropólogos, Fraser, digamos o filósofos, Nietzsche, bueno, es discutible, pero uno puede investigar y exigir más a una teoría o a un supuesto.

En tus cursos de teoría literaria y en otros foros has manifestado una especial predilección por la novela como el género literario más rico en posibilidades. Explicanos por qué. Además, háblanos un poco de los autores que han marcado tu vida y también de tu experiencia como practicante escritor de este género.

Un postulado del que partí para un curso literario en la universidad fue ubicar a la novela como centro o núcleo de todos los llamados géneros de ficción y no sólo de los narrativos en prosa. La razón para ello estriba en que este género especial complementario de los otros dos macro géneros, la poesía y la dramática, engloba o puede abarcarlos a todos, incluidos estos dos que acabo de mencionar. Puede abarcar comedia, tragedia, poesía, cuentos de todo tipo, crítica literaria, ensayo filosófico, autobiografía, enciclopedismo, de personajes idealizados, o de personajes realistas, o de personajes burlescos, puede incluso salirse de sí misma para observarse y criticarse, como en un *mise en abyme* o la técnica de los espejos que se multiplican. No hay manera en que los protocolos de su constitución omitieran una novedad, o la calificaran fuera de lugar o reprobaran alguna nueva propuesta, sobre todo ahora con la proliferación de los medios tecnológicos de la información.

Eso es, por un lado, por otro, me parece que lo que les falta a muchos cursos universitarios es que los maestros dejen de enseñar para enfrentar a los alumnos provocativamente ante diversos corpus para, de esta manera, solicitar la visión empirista científica: extraer de los alumnos propuestas significativas a partir de la inferencia y la inducción para generalizaciones a partir del estudio y de la observación de las obras individuales en un conjunto.

Entonces, en el caso particular del curso del que hablo, me di la libertad de enfrentar a los alumnos de posgrado a unas catorce o quince novelas desde la antigüedad, desde la llamada novela griega y romana



hasta el siglo XX. Eran muy diversos especímenes que obligaban a los alumnos a pensar en la narrativa tan compleja y variada de la novela. Es decir, regresando al objetivo de teorización, era mejor, según yo, no enfrentar a los alumnos a estudiar diez o más clasificaciones de novela, sino construir un concepto de novela y una posible categorización si se leían textos de narrativa extensa con muy diversas características. Por ejemplo: la novela bien hecha, la novela de corte a lo largo, la novela de corte transversal, la novela antes de la novela, la novela sin protagonista, la novela sin final, la novela sin fronteras, la novela enciclopedia, la novela digital, etcétera, etcétera.

En cuanto a autores que hayan marcado mi vida, no podré decir mucho de ellos, pero de las obras creo que sí. No quiero pecar de pedante al referir las grandes obras que me han marcado, pero citaré más bien los grandes períodos clásicos que le han dado a Occidente su identidad. Así pues, cuando he respondido a esta pregunta señalo que dos: el conjunto de libros que integran la Biblia, uno; y dos, las obras del período greco-romano. En cuanto a la primera incluyo los libros canónicos y los no canónicos, es decir, los apócrifos. En el segundo lugar menciono las epopeyas griegas de Homero, la *Iliada* y la *Odisea*, los grandes trágicos Esquilo, Sófocles y Eurípides a la que añado la gran tradición romana de Virgilio, Horacio, Ovidio, Plauto y Terencia. Séneca, etcétera. Afirmino, y no soy el primero, que son estos autores y sus obras los que han proporcionado a Occidente su impronta, los mitos, los motivos, los temas, las leyendas, los grandes escenarios, los modelos de belleza, etcétera.

Y ahora como practicante de literatura, escritor, afirmo modestamente que me he divertido escribiendo anécdotas, historias personales, el diario-agenda, más diario que agenda. En ellas es donde escribo composiciones prosísticas personales en las cuales me gustaría ser más cínico de lo que muestro pues no llevo lejos si me comparo con Samuel Pepys o con Karl Ove Knausgård, en fin, ni siquiera con Sor Juana.

En los poemas del libro “Historias perdidas en la arena” percibo resonancias míticas y eruditas, experimentos retóricos, sarcasmo, escepticismo, humor, juego a las escondidas... ¿Qué función tiene para ti la poesía como lector y como autor?

Lo poco escrito que tengo, una colección de poemas y varias anécdotas publicadas en digestos por la Universidad de Sonora son en categoría entretenimiento. En ellas trato de reflexionar sobre algunos episodios personales o jugar con malabares que me permitan exhibirme. Soy voyerista tanto desde la perspectiva de quien quisiera verme por la ventana de la indiscreción como por el descaro de gustarme,



verme, exhibirme, porque en el fondo, como dice un crítico, toda autobiografía es ficción y toda ficción es autobiografía.

Como lector me gusta la poesía, toda, no sólo la lírica, también la poesía narrativa, la poesía en prosa, la prosa poética, la sátira, la lírica popular, la lírica vulgar o que pretende serlo. En este renglón las composiciones de Rabelais, o Villon reciben mucha admiración de mi parte.

Quienes te conocemos sabemos de la gran atención que dedicas a la literatura sonoreense. ¿Cuán es tu valoración de lo que actualmente se escribe?

Sobre la atención que manifiesto por la literatura sonoreense es una postura que en otros tiempos ha manifestado nuestra planta docente, estudiar la literatura sonoreense, o regional, o de la frontera. Gente seria, con estudios, digamos abogados, en charla libre me han declarado que no hay literatura sonoreense. Me sorprende ese tono negativista o acomplejado quizá, por reconocer como literatura solamente la universal, o la de los grandes escritores europeos, algunos norteamericanos y la desprecian tan orgullosos de su ignorancia.

Es mi firme convicción de que a la literatura la hace la crítica. Si no tenemos estudios críticos, reseñas, comentarios, discusiones, mesas redondas, foros sobre las obras publicadas por nosotros aquí en la provincia de Sonora, nuestra literatura no existe. No existe si no hasta que algún investigador, profesor de alguna universidad del extranjero descubre el estilo peculiar, el genio, los recursos retóricos, el mundo maravilloso de una obra literaria sonoreense nuestra. Desde mediados del siglo XX hasta entrados veinticinco años del XXI, se ha dejado venir una avalancha de publicaciones en los tres grandes géneros, principalmente en narrativa, muchas novelas y cuentos, poemarios extraordinarios, drama y comedia no son excepción. Creo que es mi obligación tomar como tesis o premisa fundacionalista declarar que, corresponde a nuestro Departamento de Letras y Lingüística sistematizar su estudio y abocarse tanto a lo nacional como a lo local. De no ser así, serán otras instituciones las que se arroguen los méritos de descubrir la literatura sonoreense. Habrá alguien que diga que ya ha ocurrido esto antes. Ya veremos.

Por último ¿qué lees y que escribes en estos días?

Actualmente, ya jubilado, leo tanto como puedo, no tanto como quisiera, tengo mis limitaciones. Leo la Biblia y de ella me empecino en estudiarla y comprenderla identificando sus mitos, sus leyendas, sus historias beatícas, su hermenéutica, sus correspondencias con otros libros de orden sacro, otras



realidades y continuaciones y ecos presentes ostensiblemente en las literaturas europeas, sus áreas de influencia, incluidas las sociedades cultas de todo el mundo.

Aparte de las obras literarias escritas, el cine, el teatro (comedia, drama) incluso la escultura, retoman una vez y otra vez motivos bíblicos que se interponen y se concretizan en tantas otras obras.

Y en cuanto a lo que escribo, pues, me busco y a veces me encuentro rememorando y escribiendo historias en que me vi involucrado y en las que quizá yo únicamente tengo conciencia de lo acontecido. Escribo anécdotas, es decir, autobiografía.

